COMIENZA EL SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA,
21 DE DICIEMBRE DE 1808 A 21 DE FEBRERO DE 1809

Una vez que los desorganizados ejércitos españoles fueron desbaratados y puestos en fuga en noviembre de 1808, el Ejército Imperial tuvo el camino despejado para volver a Zaragoza e intentar resarcirse del fracaso del primer ataque. La vanguardia francesa llegó a las inmediaciones de la ciudad el día 30 de noviembre sin muchos tropiezos y, sólo encontró alguna resistencia en San Lamberto, la Casa Blanca o en la Val de Espartera, y una vez que los atacantes observaron las nuevas obras de defensa construidas durante el verano, prudentemente se retiraron a Alagón a la espera de refuerzos para iniciar el nuevo asedio con más garantías de éxito.

Como ya se mencionó anteriormente, el Coronel Sangenís utilizó alguno de los sistemas ideados por el ingeniero militar francés Sebastián Vauban, consistentes en la construcción de fortificaciones en forma de estrella, la famosa “estrella de Vauban”, que, entre otras cosas, debía disponer de baluartes de defensa, murallas concéntricas, cortinas abaluartadas, fosos de agua, estacadas, pasajes subterráneos y vías internas para maniobras, aunque la premura de tiempo y la falta de los materiales idóneos hicieron que las nuevas fortificaciones de Zaragoza no tuvieran la solidez requerida para este tipo de defensas y mucho menos contra un ejército tan experimentado como el Imperial.

De esta forma los contendientes pasaron tres semanas frente a frente preparándose para el ataque. Este tiempo sirvió a los españoles para concluir el cierre del perímetro defensivo de la ciudad, unir mediante muros y caminos cubiertos los monasterios exteriores convertidos en reductos para efectuar tiro cruzado y poder proteger las murallas de la ciudad. También les permitió fortificar el puente del Huerva mediante la construcción del Reducto del Pilar, finalizar los trabajos para transformar el convento de San José en otro reducto exterior y concluir el muro de cierre del Arrabal, convirtiendo el barrio en un auténtico fortín, dado el valor estratégico que tenía, ya que de hecho cuando posteriormente fue ocupado por los franceses la ciudad tuvo que capitular.

Al mismo tiempo, se fueron replegando las últimas unidades españolas del Ejército de Reserva, de forma que en Zaragoza se concentraron unos 32.000 soldados regulares, entre los que había una mayoría de Infantería, bastantes de Caballería y un nutrido grupo de artilleros con unas 160 piezas, a los que había que sumar varios miles de paisanos armados, lo que sumaba un total de unos 45.000 hombres para la defensa.

Por su parte, el Mariscal Bon Adrian Moncey desplegó su 3º Cuerpo de Ejército frente a la ciudad, a la derecha del Ebro, pero prudentemente no inició ninguna acción hasta haberse reforzado a mediados de mes con el 5º Cuerpo de Ejército que estaba mandado por el Mariscal Mortier, Duque de Treviso, que incluía a las divisiones de Suchet y

Gazan, que desplegaron en la margen izquierda del Ebro amenazando el Arrabal. En ese momento el ejército sitiador contaba con unos 40.000 infantes, 3.500 jinetes, 1.100 zapadores, 48 cañones de gran calibre y 84 ligeros, medios con los que pudo bloquear completamente la ciudad, evitando la comunicación con la retaguardia aragonesa que habían mantenido los sitiados en el primer ataque.

El día considerado como de inicio del Segundo Sitio es el 21 de diciembre de 1808, ya que los franceses desencadenaron dos ataques simultáneos, uno contra el monte de Torrero, que no pudo ser repelido por los españoles que abandonaron la posición, y otro contra el Arrabal, que, gracias a la intervención directa del General Palafox, no sólo aguantó el empuje sino que se contraatacó, sufriendo los franceses alrededor de 700 bajas. Este fue el último intento que hizo el Ejército Imperial francés de rendir la ciudad con ataques directos, pero ante la resistencia de los defensores se vieron abocados a organizar un sitio en toda regla, comenzando los laboriosos trabajos de asedio.

El sistema de ataque que utilizarán los franceses contra Zaragoza se fundamentaba en el método ideado también por Vauban para rendir plazas sitiadas, basado en la construcción de un "acercamiento sistemático por paralelos o aproches". De hecho, entre los militares de la época había un dicho que decía: “ciudad asediada por Vauban, ciudad tomada; ciudad defendida por Vauban, ciudad inexpugnable”. De forma que el sitio tendría las tres fases que contemplaban los reglamentos de la época, es decir, la de “de aproches”, bombardeo de los reductos exteriores y, por último, la de apertura de brecha en las murallas, fase en la que las leyes de la guerra del momento permitían al jefe que dirigía la defensa rendir la ciudad sitiada con todos los honores, ya que de esta forma se evitaban tanto muertes inútiles como destrozos innecesarios en la población atacada, pero llegado el momento ni el General Palafox ni los defensores de Zaragoza estarían dispuestos a entregar la ciudad sólo porque los atacantes hubieran conseguido abrir varios boquetes en las tapias y penetrado en la ciudad.

Esta actitud pareció inaudita a los militares franceses, pero les obligó a continuar con un tipo de combate que les era desfavorable, ya que los españoles eran maestros en la lucha calle a calle, casa a casa y piso a piso, era lo que se ha denominado posteriormente como “guerra aérea”, pues cuando los españoles se veían acorralados en el último piso de una casa, salían corriendo por los tejados y pasaban a defender la siguiente o a atacar al enemigo. Finalmente, esta defensa a ultranza dio lugar a otro tipo de táctica, la conocida como “guerra subterránea”, pues los franceses llegaron a la conclusión de que era más rápido y menos costoso en vidas dinamitar una casa defendida que tomarla al asalto. En esta fase final, los zapadores franceses construyeron infinidad de túneles con objeto de poner cargas explosivas bajo los edificios ocupados por los españoles, táctica a la que los defensores respondieron cavando a su vez contraminas para evitar las voladuras, dando lugar a los famosos combates con armas blancas y a la luz de los candiles, cuando se encontraban los contendientes en bodegas o galerías subterráneas.

Convendría explicar que la guerra de “aproches” iniciada por los franceses consistió en cavar una primera trinchera paralela a la muralla de la ciudad frente a la zona a asaltar, a una distancia de unos 600 metros, donde se instalaron las primeras baterías que servían tanto para bombardear las defensas como para proteger a sus zapadores. A partir de esta primera trinchera paralela comenzaron a cavar trincheras en zig-zag en dirección a la ciudad hasta unos 300 metros de las murallas, y en este punto se construyó una segunda

paralela en la que también se emplazó artillería, y desde esta segunda paralela se construyeron otras trincheras en dirección a la ciudad hasta unos 50 ó 60 metros de las murallas, donde se colocó la artillería encargada de batirlas y abrir brecha en ellas. De esta forma los atacantes permanecían ocultos en las trincheras hasta que la artillería derrumbaba una parte del muro, momento que aprovechaban para penetrar por el boquete, debiendo salvar una corta distancia expuestos a los disparos de los defensores.

Pero los trabajos de los zapadores franceses se retrasaron de una forma importante, pues no podían dedicar todo su esfuerzo a consolidar el sitio, ya que tenían que utilizar una buena parte de las fuerzas para enfrentarse a una serie de partidas de voluntarios y a pequeñas fuerzas levantadas en las ciudades aragonesas que los hostigaban constantemente, aunque estas maniobras de distracción no fueron apoyadas convenientemente por las unidades que defendían la capital, lo que hubiera podido entorpecer mucho más los trabajos de zapa franceses; como mucho, tuvieron el efecto psicológico de elevar algo la mermada moral de los sitiados.

Por lo que respecta a los voluntarios de Barbastro, durante el Segundo Sitio estuvieron presentes en diferentes combates, como, por ejemplo, la defensa de los conventos de San Agustín y Santa Mónica, del molino Goicoechea, en la Puerta Quemada y su cortina hasta el jardín botánico, incluso, alguno de los voluntarios que se incorporaron al Batallón Puerta del Carmen terminó reforzando el Reducto del Pilar cuando la situación se hizo crítica, como se verá posteriormente.

Imagen. Plano del 2º Sitio. Ataque francés a la huerta de Sta. Engracia. Por debajo del río Huerva se aprecian las paralelas y trincheras en zig-zag aproximándose a la muralla.

Barbastro, 20 de diciembre de 1808

EL ATAQUE FRANCÉS A LOS REDUCTOS EXTERIORES DE ZARAGOZA. EL CONVENTO DE CARMELITAS DESCALZOS DE SAN JOSÉ

Los dos meses que duró el Segundo Sitio de Zaragoza permitieron infinidad de combates y escaramuzas de todo tipo, primero para romper las defensas de la ciudad y, posteriormente, los terribles enfrentamientos cuerpo a cuerpo en calles, casas y subsuelo, por lo que a la hora de redactar las crónicas vamos a ceñirnos a los hechos más famosos y que, en definitiva, determinarían la pérdida de la ciudad para la "causa española".

En primer lugar habría que comentar los ataques acometidos por el Ejército Imperial contra las defensas exteriores de la capital, ya que, como se comentó en el capítulo anterior, para poder tomar, por ejemplo, una ciudad puesta en defensa, utilizando el sistema Vauban, lo primero que debían de hacer los atacantes era dejar fuera de combate a los reductos exteriores, ya que con su fuego cruzado impedían a los zapadores hacer su trabajo y a la infantería aproximarse a las murallas. En Zaragoza hubo varios reductos exteriores, pero el principal fue el Castillo de la Aljafería, que en aquel momento era una formidable construcción.

Conviene recordar que Felipe II encargó transformar la Aljafería en un auténtico fuerte moderno para poder mantener una guarnición fija que evitara posibles levantamientos, como el producido en 1591 al acoger en el reino a su secretario personal, Antonio Pérez, que terminaría con la ocupación militar de Aragón y la decapitación de Juan de Lanuza, su Justicia Mayor. Del diseño se encargó el ingeniero Tiburcio Spanochi que utilizando lo que se conocía como "sistemas a la moderna" cambió el método medieval de defensa, totalmente obsoleto con la generalización de las armas de fuego y, sobre todo, con la moderna artillería, para lo cual edificó una serie de alojamientos adosados a los lienzos de la antigua muralla para los soldados, construyó un camino de ronda protegido por un muro bajo con baluartes pentagonales en los ángulos, y un foso de 20 m. de ancho con dos puentes levadizos. Posteriormente, en el siglo XVIII hubo otras actuaciones encaminadas bien a consolidar el castillo, recreciendo los parapetos de la muralla o bien para mejorar sus instalaciones como cuartel y para Parque de Artillería.

Cuando los franceses atacaron Zaragoza en 1808 el castillo de la Aljafería era la única defensa con verdadero valor militar con la que contaba la ciudad, por lo que nunca llegó a caer en manos del enemigo, a pesar de los muchos ataques que sufrió y los destrozos graves que produjeron en su fábrica y defensas exteriores, evitando, a su vez, la entrada de los atacantes por la zona de la Puerta del Portillo que protegía.

El resto de los reductos exteriores diseñados por el coronel Sangenis se construyeron de forma bastante improvisada, siendo los más famosos el ya mencionado del Pilar y el

convento de San José. El primero construido con malos materiales y el segundo transformando las ruinas de un convento en fuerte, pero a diferencia de lo ocurrido con la Aljafería, éstos sí cayeron en manos de los atacantes, lo que favoreció la entrada del enemigo por las zonas que protegían.

El convento de San José de Carmelitas Descalzos se encontraba extramuros, frente a la Puerta Quemada, pero a la derecha del río Huerva, cerca de la actual Plaza de San Miguel. Se trataba de un gran edificio del siglo XVI con capacidad para unos 100 religiosos, incluso radicaba en él la cárcel donde los frailes cumplían los castigos impuestos por el padre provincial, pues era la casa principal de la orden en la provincia.

Tras el Primer Sitio el mencionado convento quedó arruinado, a pesar de lo cual quedaría incluido en el cinturón defensivo diseñado por el coronel Sangenís, siendo convertido en el famoso Fuerte de San José, bastión exterior del mediodía de la ciudad. Para ponerlo en condiciones de defensa se eliminaron los obstáculos que pudieran servir al enemigo, como pequeñas edificaciones próximas o un olivar cercano con cuyos troncos se levantó una empalizada; se consolidaron las paredes maestras para resistir impactos de artillería y se abrió un foso. Para comunicarlo con la ciudad, con la Puerta Quemada y con el molino Goicoechea se cavaron tres caminos cubiertos y, por último, se emplazaron en él doce cañones. Frente al convento se cavaron tres líneas de trincheras paralelas para poder disponer de una avanzadilla que entorpeciera su asalto por parte del enemigo.

El mando del fuerte se le encomendó al coronel Mariano Renovales, y una de sus primeras actuaciones se produjo el 31 de diciembre, cuando atacó con tres columnas a los franceses con objeto de interferir los trabajos de aproche que ya habían comenzado. Dicho coronel hizo mención expresa al general Palafox del comportamiento heroico de Manuela Sancho en el manejo de la artillería. Posteriormente, en enero de 1809 los ataques franceses se recrudecieron, ya que la paralela que habían construido los zapadores franceses estaba sólo a 80 m. del fuerte; además, los días 6 y 7 los atacantes emplazaron la artillería que debía batir sus endebles defensas y facilitar el ataque definitivo tanto al fuerte como a la cabeza de puente del río Huerva.

Los franceses emplazaron 16 piezas entre baterías de brecha, morteros y piezas de a 24 que comenzaron a bombardear el fuerte, fuego al que los defensores respondían puntualmente produciendo entre los atacantes constantes bajas. Posteriormente, el día 10 de enero a las 6’30 h. comenzó un tremendo bombardeo contra todo el sector, desde la Puerta del Carmen hasta la Puerta Quemada, aunque sólo contra el fuerte de San José concentraron su fuego ocho baterías, por lo que a las 12 h. los franceses habían conseguido derrumbar el muro frontal del fuerte, a pesar de lo cual la artillería española seguía disparando a pecho descubierto, pero una hora después los efectos de la artillería de sitio atacante habían terminado por reducir el fuerte a una ruina humeante. Tal era el estado de agotamiento y número de bajas entre los defensores que entre las 17 y las 19 h. hubo que relevarlos por soldados pertenecientes al Batallón de Huesca, 1º de Voluntarios de Aragón, 2º de Voluntarios de Valencia, Milicias de Soria, Guardias Walonas y Guardias Suizas, continuando el coronel Renovales al mando del fuerte que aún tuvo la audacia suficiente de repeler por la noche un nuevo asalto de la infantería francesa y, además, perseguirla cuando huía. Pero la situación era ya insostenible, sin defensas donde protegerse los soldados y casi sin artillería útil.

Al amanecer del día 11 los franceses reiniciaron el bombardeo del fuerte, demoliendo los parapetos de sacos terreros que habían improvisado los españoles por la noche, a pesar de lo cual la poca artillería aún activa seguía contestando al fuego francés. A las 16 h. a las baterías francesas emplazadas contra el fuerte se les unieron otras, como la de Santa Engracia, comenzando un nuevo asalto francés, y ante la imposibilidad de seguir resistiendo, el coronel Renovales ordenó una retirada escalonada y ordenada, pero la situación era tan caótica que los Cazadores de Valencia y los Voluntarios de Huesca tuvieron que vadear el río Huerva para regresar a las líneas propias, permaneciendo en el fuerte cierto número de defensores para proteger la retirada de sus compañeros, de los cuales un centenar fueron hechos prisioneros cuando los franceses lo pudieron ocupar.

Los asaltantes se quedaron espantados al comprobar que habían tomado un auténtico cementerio, pues encontraron un número muy elevado de cadáveres de españoles esparcidos por todo el reducto. La defensa heroica y hasta las últimas consecuencias del fuerte de San José fue calificada por uno de los atacantes, el Barón Rogniat, como uno de los capítulos más gloriosos del Sitio. Por su parte, el coronel Renovales, en recompensa por su comportamiento, fue ascendido a brigadier.

Esta defensa a ultranza y desesperada de una débil posición española tuvo que poner sobre aviso a los generales franceses, ya que si para ocupar un viejo edificio, no especialmente protegido, habían precisado aquella cantidad de piezas de artillería, numerosos asaltos por parte de la infantería y dejado un reguero importante de bajas ¿qué ocurriría ante un auténtico reducto defendido por aquellos fanáticos?

Imagen. Vista del convento de San José, incendiado por los franceses, grabado de la serie *Ruinas de Zaragoza*, de Fernando de Brámbila y Juan Gálvez, 1812-1813.

Barbastro, enero de 1808

EL ATAQUE FRANCÉS AL REDUCTO DEL PILAR

Conviene comentar que el segundo ataque a Zaragoza estuvo dirigido personalmente por el Emperador desde Francia, ya que había ordenado a sus oficiales de ingenieros que levantaran planos, lo más precisos posible, de las nuevas defensas de la ciudad para estudiarlos. Una vez con la documentación en su poder, se quedó sorprendido del trabajo del coronel Sangenis y, tras un estudio minucioso, comprobó que la zona sur de la ciudad era la peor defendida, por lo que ordenó atacar una zona de la muralla comprendida entre el monasterio de Santa Engracia y los conventos de San Agustín y Santa Mónica, ya que la penetración por esta zona les facilitaría el acceso al corazón de la ciudad, el Coso, lo que obligaría a los defensores a rendirse.

Para poder atacar con comodidad primero redujeron la resistencia del Fuerte de San José y a continuación redoblaron sus esfuerzos contra el Reducto del Pilar y su artillería, que efectuaba un fuego de flanco muy peligroso contra las tropas imperiales.

Como ya se ha comentado en diferentes ocasiones, el coronel Sangenis hizo construir dos reductos exteriores, uno en las Tenerías y una cabeza de puente en el río Huerva, cerca de Santa Engracia, denominado Reducto del Pilar, pero sin atenerse estrictamente a las reglas militares del momento, ya que la premura con la que se levantaron y los materiales utilizados determinaron su escasa efectividad.

El Reducto del Pilar era una obra extramuros en el camino de Torrero, a la derecha del Huerva, próximo al puente de tablas de Santa Engracia. Estaba protegido por un foso de 3 metros de profundidad que terminaba por ambos lados en el Huerva y, para garantizar su apoyo quedó unido por un doble atrincheramiento con Santa Engracia. Su defensa se le encomendó al coronel Domingo Larripa que contaba con unos 400 hombres y 8 piezas de artillería. Una vez concluida la obra se puso en su puerta aquel famoso rótulo pintado sobre una madera que decía:

REDUCTO DE LA VIRGEN DEL PILAR INCONQUISTABLE POR TAN SAGRADO NOMBRE, ¡ZARAGOZANOS, MORIR POR LA VIRGEN DEL PILAR O VENCER!

Como es sabido, el día 21 de diciembre de 1808 se produjo el primer ataque francés contra las posiciones españolas del Arrabal y del monte Torrero, los defensores del Arrabal resistieron, pero los de Torrero se vieron desbordados por el Ejército Imperial y tuvieron que retirarse sobre el Reducto del Pilar, quedando desde ese momento en primera línea de fuego.

Posteriormente, el 9 de enero de 1809 comenzó un bombardeo general sobre la ciudad. Más de cien cañones franceses abrieron fuego, sobre todo contra los reductos y en especial sobre el del Pilar por ser el más débil. Como refiere en sus memorias el coronel García Marín: "jamás se había visto espectáculo más horroroso que el que presentaba este lugar de carnicería y desolación". A las pocas horas, la mayor parte de la artillería del reducto quedó desmontada, con las cureñas inservibles, los merlones deshechos, el foso cegado en su mayor parte y los parapetos desmoronados, con 18 toesas de brecha abierta. Era tal la ruina y mortandad que los escombros se mezclaban con los miembros desgajados de los cadáveres de los defensores, mientras que balsas de sangre cubrían la superficie del reducto. La situación era tan crítica que hubo que reforzar a los escasos supervivientes del reducto con voluntarios procedentes de la Puerta del Carmen para poder seguir manteniendo la defensa.

El bombardeo francés continuó los días 13 y 14, a pesar de lo cual "los defensores lucieron una extraordinaria intrepidez, firmeza y patriotismo, aguantando y sufriendo tales horrores con la mayor serenidad y bravura". En un solo día los españoles habían tenido 30 muertos y 80 heridos. Por otra parte, los graves estragos causados por la artillería en la muralla se intentaron reparar con sacos de lana y tierra cosidos a toda prisa por las mujeres de la ciudad, pero a pesar del descomunal esfuerzo, la defensa se hacía imposible, ya que los franceses habían rodeado el reducto con zanjas y caminos cubiertos para poder dar el asalto final con la mayor seguridad y a mansalva. La defensa española había quedado reducida a fuego de fusilería, pues los cañones estaban fuera de combate, y como era previsible la inminente pérdida del reducto, el mando español decidió minarlo para explosionarlo en el mismo momento en el que se produjera el asalto francés y, posteriormente, destruir el puente inmediato para evitar ser perseguidos por los atacantes.

La noche del día 14 de enero fue de un trabajo febril en ambos bandos, ya que mientras los defensores preparaban el minado, los franceses trabajaban en sus zapas muy cerca del foso, por lo que al amanecer del día 15 se reanudaron los combates de forma desesperada, pero a las 20 h. se desmoronó la última porción del muro del reducto que quedaba en pie, desapareciendo definitivamente el parapeto que protegía a los escasos 50 últimos defensores. Sin artillería, con el foso prácticamente cegado y abierta brecha en el muro, los últimos defensores se alinearon sobre el foso cuando los franceses se disponían a dar el asalto final y en ese momento explosionó la mina que habían colocado los zapadores españoles delante del fortín, pero no consiguió detener a los asaltantes que treparon con escalas por los restos de los parapetos, repeliendo a los españoles a punta de bayoneta, lo que les obligó a replegarse al otro lado del reducto. Los españoles todavía tuvieron el valor de entretener a los asaltantes hasta que se preparó la voladura del puente sobre el Huerva, y cuando el coronel Larripa supo que todos los supervivientes habían abandonado el reducto y estaban a salvo, él personalmente le dio fuego a la carga, dejando el reducto aislado al otro lado del río.

De esta forma tan gloriosa cayó el Reducto del Pilar, no sin antes haber retirado el famoso cartel de su puerta, del que nunca más se volvió a tener noticia. Una vez ocupada Zaragoza por los franceses, las autoridades municipales organizaron los trabajos de desescombro y desmantelamiento de muchas de aquellas defensas, desapareciendo lo poco que quedaba del famoso reducto, pero lo que no pudieron hacer de ninguna manera fue borrar su memoria. La zona se transformó en un nuevo paseo

muy frecuentado por las jóvenes zaragozanas, motivo por el que pasaría a denominarse Paseo de las Damas, como se le conoce en la actualidad.

Cien años después, con motivo de la Exposición Hispano-francesa de 1908, en la glorieta de D. Ricardo Sasera, lugar donde aproximadamente se había ubicado el reducto, se inauguró un obelisco conmemorativo, obra de Ricardo Magdalena que fue sustituido, posteriormente, por una espectacular escultura en bronce, obra de Federico Amutio, titulada "Por la patria 1808", flanqueada por dos reproducciones de cañones de época, monumento mencionado en estas páginas y reproducida su imagen. Actualmente la Glorieta de Sasera es un lugar habitual de cita de los zaragozanos, a pesar de lo cual muy pocos de ellos saben que en él murió un puñado de españoles dispuestos a todo por defender la ciudad y la patria de los invasores franceses.

Con motivos de las celebraciones conmemorativas del segundo centenario de los Sitios, el pasado día 21 diciembre se recordó el comienzo del Segundo Sitio con un acto ciudadano en el que el grupo de recreación histórica Voluntarios de Aragón desfiló desde el Puente de América, en el barrio de Torrero, hasta la Glorieta de Sasera, recordando aquel repliegue que hicieran los defensores españoles al verse desbordados por los franceses, refugiándose en el Reducto del Pilar. En la Glorieta esperaba otro grupo de recreación histórica, Artilleros de Aragón, y abundante público que escuchó atento las palabras de José Antonio Armillas, Mª José Moreno y Luis Sorando, tras lo cual se efectuó un acto en recuerdo a todos los caídos en aquellos terribles combates que concluyó con unas salvas de fusilería y del cañón de los artilleros, que con sus estampidos recordaron los acontecimientos trágicos que en ese mismo lugar se desarrollaron hacía doscientos años.

Imagen. Día 21-XII-2008. Glorieta de Sasera. Artilleros de Aragón en el acto en recuerdo del inicio del Segundo Sitio de Zaragoza.

Barbastro, enero de 1808

DERROTA DEL BATALLÓN DE LOS PARDOS EN EL SANTUARIO DE NTRA. SRA. DE MAGALLÓN DE LECIÑENA

Y mientras Zaragoza estaba siendo aplastada por el Ejército Imperial francés ¿qué estaba ocurriendo en Barbastro? Pues que las alarmantes noticias que llegaban desde la capital tenían muy preocupados a la Junta y a los vecinos, porque además no se la podía socorrer como en agosto pasado, a pesar de tener preparados víveres y ganado para llevar, ya que su perímetro estaba totalmente cerrado por los franceses, con escuadrones de caballería patrullando para evitar que los sitiados recibieran apoyo.

De todas formas, antes de que se produjera el segundo ataque a Zaragoza el General Palafox había dado órdenes a las Juntas de Corregimiento para llevar a cabo un nuevo alistamiento general, con objeto de organizar dos nuevos Batallones, uno en Huesca y otro en Barbastro, para lo cual envió a dichas ciudades a Felipe Perena y a Juan Pedrosa el 13 de diciembre. El plan consistía en mandar a la sierra de Alcubierre a los alistados en Barbastro, Huesca y otras tropas disponibles para ponerlas bajo el control de Fray Teobaldo Rodríguez, persona de toda la confianza de Palafox, que estaba reuniendo a soldados dispersos por los Partidos de la orilla izquierda del Ebro y que al comienzo del Segundo Sitio habían quedado fuera de Zaragoza. Con todos ellos se pretendía crear un Ejército Auxiliar o Columna Volante al mando del coronel Perena y desplegarlo entre Perdiguera y Leciñena para poder atacar al ejército francés que sitiaba Zaragoza por su retaguardia.

Juan Pedrosa era una persona con algo de experiencia, pues había estado al frente de una compañía denominada Los Pardos que actuó entre Tudela y Torres de Berrellén, pero que tras varias escaramuzas con los franceses se había quedado casi sin efectivos, por lo que en cumplimiento de las órdenes de Palafox se desplazó a Barbastro para levantar un batallón a base de las compañías que seguían protegiendo los puertos de Bielsa y Plan, y de nuevos reclutas movilizados en Barbastro, Mequinenza y Benabarre, pero la realidad es que cuando se inició el Segundo Sitio no había comenzado la movilización, ni se disponía de armamento para los voluntarios, incluso las compañías de los puertos habían bajado desarmadas. Lo único que se había hecho fue confeccionar una bandera para el batallón, de la que ya se ha hablado anteriormente.

Las compañías que, presumiblemente, quedaban de guarnición en el Pirineo y en Barbastro eran las siguientes: la 3ª, 6ª, 7ª, 8ª y 9ª del 1º tercio; la 3ª y 9ª del 2º tercio y la 3ª, 6ª y 10ª del 3º tercio, de forma que la nueva unidad bautizada como Batallón de Los Pardos de Aragón o Pardos de Barbastro, como se le conoce en la ciudad del Vero, estuvo formado por voluntarios de Barbastro, Abiego, Albalate de Cinca, Albelda,

Alberuela, Almudafar, Badaín, Berbegal, Belilla de Cinca, Boltaña, Buera, Castejón del Puente, Castillazuelo, Cregenzán, Estada, Fonz, Guardia, Guaso, Ilche, La Almunia de San Juan, La Torrecilla, Lagunarrota, Montesa, Morilla, Naval, Peralta de Alcofea, Plan, San Juan de Plan, Pozán de Vero, Radiquero, San Pelegrín, Saravillo, Señer, Serveto, Sieste, Sin, Xistau y Zaidín.

Tras infinitos problemas, el 30 de diciembre de 1809 dos de las compañías de Barbastro partieron hacia la Sierra de Alcubierre, mientras que el resto del batallón fue llegando poco a poco. Se trataba de una unidad indisciplinada, mal armada y sin la instrucción militar precisa, por lo que Pedrosa devolvió a Barbastro a dos de aquellas compañías que sólo le creaban problemas. Una vez en la sierra avanzaron hasta Leciñena y entraron en contacto con los voluntarios movilizados por Perena, que había tenido los mismos problemas organizativos, acampando el día 2 de enero en el entorno de la ermita de Ntra. Sra. de Magallón para cubrir el centro del despliegue, mientras que los de Perena acampaban en los llanos. Pero los franceses no estaban dispuestos a permitir que ocurriese lo de agosto de 1808 y el general Lannes dispuso que el general Mortier se encargase de desbaratar cualquier posible plan de apoyo de tropas aragonesas en la izquierda del Ebro, manteniendo unidades por la zona en permanente movimiento.

La noche del 23 de enero de 1809 fue especialmente fría, encendiendo hogueras los voluntarios para calentarse, pero estas luminarias delataron su presencia, por lo que al día siguiente el general Mortier desplegó en orden de batalla sus 5.000 hombres en el llano existente entre Perdiguera y Leciñena y el coronel Perena se dispuso a combatir, pero el imponente avance francés hizo huir hacia la sierra a los nuevos voluntarios, siendo la única resistencia la de unos 400 soldados veteranos del Batallón de Los Pardos, que atrincherados en la ermita con dos cañones resistieron valerosamente hasta que la caballería francesa les atacó por la espalda. Esta acción, conocida pomposamente como la Batalla de los Llanos, le costó a los Pardos unas 250 bajas, la pérdida de la famosa bandera y los dos cañones, aunque no fue mas que uno de tantos ataques característicos del Ejército Imperial, golpear al enemigo con toda su fuerza, en este caso voluntarios bisoños y mal armados, que al verse arrollados por los jinetes, huyeron casi sin combatir para evitar una carnicería.

Tras la derrota española, los franceses saquearon Leciñena y el día 25 incendiaron la ermita de Ntra. Sra. de Magallón, que en aquella zona representaba un símbolo tanto religioso como de rebeldía española contra el invasor francés.

Los supervivientes de aquel desastre totalmente desmoralizados se retiraron a la Sierra de Alcubierre y, desde allí fueron conducidos a la línea del Cinca, por detrás de Barbastro y Monzón, donde se unieron a los supervivientes de Perena, comenzando a actuar prácticamente como guerrilleros, ya que los enfrentamientos a campo abierto contra los franceses nunca daban buen resultado. Esta derrota echó por tierra el que, posiblemente, fuera el último intento serio de ayudar a Zaragoza, frustrando las esperanzas de los altoaragoneses, mientras que en Barbastro creó un profundo pesar al pensar en la suerte corrida por sus voluntarios, aunque la huída de alguno de ellos permitió que continuaran hostigando a los franceses en las inmediaciones del Corregimiento.

Los Pardos siguieron combatiendo; así el día 3 de julio, encontrándose en las inmediaciones de Hoz de Barbastro y Naval, se toparon con una columna francesa

procedente de Barbastro y al mando del famoso coronel Plicque, que los volvió a dispersar, pero a pesar de tanta derrota no se desmoralizaban con facilidad, ya que, posteriormente, estarán presentes en las acciones de Estadilla, Troncedo, Valle de Arán, Valle de Tena y Salinas de Hoz, incluso llegarán a entrar dos veces en Francia. Estos enfrentamientos no eran grandes batallas, pero mantenían encendida la lucha contra los invasores en una zona del Altoaragón que los franceses nunca llegaron a dominar del todo, sólo estaba bajo su control la tierra que pisaban, pero en cuanto se desplazaban su vacío era ocupado por aquellos españoles que no se habían querido rendir y, desde luego, la administración francesa de Zaragoza era sabedora de que a partir de Barbastro ya no había ninguna seguridad, ni se controlaban las comunicaciones y mucho menos se podía recaudar impuestos de una forma regular, y esta constante intranquilidad que padeció en todo momento el Ejército Imperial se debió, en buena medida, a unidades como Los Pardos, derrotadas innumerables veces, pero que siempre se reorganizaban y volvían a combatir.

Finalmente, el 1 de septiembre de 1809, muy escasos de fuerzas, los integrantes del Batallón de los Pardos de Aragón se reunificaron con los del 1º de Voluntarios de Huesca, desapareciendo definitivamente como unidad independiente, pero no así su recuerdo que se ha conservado como ejemplo de tenacidad frente al invasor.

Imagen. Celebración del segundo centenario de la Batalla del Llano el 24-I-2009 en la ermita de Ntra. Sra. de Magallón de Leciñena, con asistencia de vecinos y del grupo de recreación histórica Voluntarios de Aragón.

Barbastro, enero de 1808

EL ASALTO A LOS CONVENTOS DE SAN AGUSTÍN Y SANTA MÓNICA. CAPITULACIÓN DE ZARAGOZA EL 21 DE FEBRERO DE 1809

El ataque francés a la zona sur de Zaragoza supuso el principio del fin de la resistencia. En esta zona estaban los conventos de Santa Mónica y San Agustín, que junto con el molino Goicoechea fueron convertidos en reductos aprovechando la solidez de su construcción y la proximidad del Huerva, que hacía las veces de foso, y por una serie de baterías emplazadas en la muralla próxima, pero esta solidez era sólo en apariencia, por lo que el Emperador Napoleón ordenó atacar precisamente por allí con toda la fuerza.

El reducto exterior de esta zona era el fuerte de San José, pero una vez ocupado por los franceses instalaron en él varias piezas de artillería para bombardear la batería Alta de Palafox, por lo que los españoles hicieron un cambio de asentamiento, emplazando una batería detrás del altar mayor de San Agustín y otra en lo alto de Santa Mónica para protegerse y hacer fuego de contrabatería.

Posteriormente, el día 26 de enero de 1809 trece baterías francesas iniciaron un intenso bombardeo de una zona que comprendía el monasterio de Santa Engracia, San Miguel de los Navarros, San Agustín y las Tenerías, destrozando las baterías de Santa Engracia, del Jardín Botánico y la Alta de Palafox, lo que permitió a la infantería francesa asaltar al día siguiente el molino Goicoechea, que estaba extramuros frente a Santa Mónica.

El día 28, tras la correspondiente preparación artillera contra los conventos de San Agustín y Santa Mónica, la infantería francesa intentó asaltar éste último, aunque fue repelida por el Batallón de Huesca mandado por el teniente coronel Pedro Villacampa. Al día siguiente continuó el bombardeo hasta que consiguió abrir una gran brecha en las tapias que daban al Huerva por la que los franceses intentaron un nuevo asalto, que también fue rechazado, reanudándose el bombardeo hasta destrozar las pocas defensas que continuaban en pie. Dos días después, ante la imposibilidad de mantenerse en el parapeto, los defensores decidieron retirarse al claustro de Santa Mónica, pero el continuo bombardeo hizo que se desplomaran las dos plantas superiores del convento, sepultando a la mayoría de los españoles, momento que aprovecharon los atacantes para ocupar el huerto y penetrar en sus ruinas, por lo que los defensores se vieron obligados a replegarse al claustro alto haciendo fuego a quemarropa por troneras abiertas en los muros, pero el empuje francés les obligó a retirarse primero a la iglesia y finalmente a abandonar la defensa del convento, aunque antes de salir hicieron una última descarga sobre el enemigo que les perseguía muy de cerca.

La mayoría de los de Huesca habían muerto derrochando valor y mucha temeridad, pues según refieren en sus memorias algunos oficiales franceses que participaron en aquellos combates, fue uno de los hechos de armas más glorioso de la defensa de Zaragoza. Los pocos supervivientes que quedaban salieron por una puerta que comunicaba con San Agustín, evacuando al teniente coronel Villacampa herido, y se dispusieron a resistir.

Desde Santa Mónica los franceses iniciaron el ataque al vecino convento de San Agustín. El día 1 de febrero los zapadores franceses colocaron una carga con 200 Kg. de pólvora, que abrió una brecha en el muro por la que la infantería penetró en la sacristía y desde allí accedieron a la iglesia, atrincherándose en el altar mayor y en el retablo desde donde disparaban a los españoles que se defendían en el coro, tribuna del órgano, puertas y altares. Es difícil poder hacerse una idea aproximada de lo que pudieron ser aquellos combates en recintos cerrados, llenos de humo por los disparos de aquellos fusiles de avancarga muy lentos e incómodos para aquel tipo de combate por su longitud, casi dos metros con la bayoneta, lo que obligaba a utilizar todo tipo de armas blancas y granadas de mano. Es sobradamente conocido el cuadro de Cesar Álvarez Dumont, *La defensa del púlpito de San Agustín*, en el que representó a todos los defensores de Zaragoza, vecinos, nobles de peluca empolvada y militares, disparando al unísono contra el invasor. Una vez ocupada la iglesia, continuaron los combates en el claustro y en la torre, último reducto del convento defendido por el "Tío Garcés" y varios hombres, que resistió hasta que faltos de munición fueron muertos por el enemigo. Esta acción también fue inmortalizada por Álvarez Dumont en otro cuadro y recogida por Benito Pérez Galdós en la novela *Zaragoza* de los Episodios Nacionales.

Una vez consolidada la entrada de los franceses por las tapias de Santa Mónica y San Agustín la ciudad estaba sentenciada. Los combates continuaron en las calles Pabostre y Quemada, y tras cuatro días de dura resistencia, los asaltantes consiguieron llegar al “Hospitalico de Niños”, en la Plaza de la Magdalena, produciéndose un violento contraataque español que hizo retroceder a los franceses momentáneamente. Por otra parte, los atacantes también habían logrado entrar por Santa Engracia, aunque no conseguían avanzar hasta el Coso, frenados por los defensores de las ruinas del Hospital y del convento de San Francisco, lo que les impedía ejecutar el movimiento de pinza previsto con la columna que ya estaba en el Coso Bajo.

Los militares franceses no alcanzaban a comprender como el General Palafox no rendía ya la ciudad, pues las leyes de la guerra del momento se lo permitían hacer con todos los honores al tener brecha abierta en las murallas, pero ese extremo no entraba en sus planes, de hecho el General Lannes en una carta remitida al Emperador decía: “Nunca antes he visto tal feroz ardor exhibido por nuestros enemigos en la defensa de esta ciudad. He observado a mujeres que se lanzaban a las brechas para dejarse matar…”.

Para evitar muertes innecesarias los franceses optaron por la guerra de minas, cavando los zapadores túneles por debajo de edificios defendidos para demolerlos con cargas y no tener que asaltarlos piso a piso, donde los españoles eran expertos, pues practicaban troneras en los suelos para disparar al enemigo desde el piso superior, en los tabiques para hacerlo desde la habitación contigua, dejaban caer granadas por las chimeneas para que explosionaran en las habitaciones ocupadas por los franceses, para finalmente salir corriendo por los tejados, pues las alpargatas de esparto se lo permitía, no así el calzado con suela de cuero de los infantes franceses. De hecho, en algunas memorias de veteranos se comenta que aunque estuvieran en una casa ocupada hacía días, había que

estar siempre atentos, pues los españoles se movían sin hacer ruido por los tejados y de repente disparaban contra soldados franceses que estaban descansando a retaguardia de los combates. De nuevo el mariscal Lannes nos ilustra sobre esta nueva fase de los combates con otra carta a Napoleón: “El sitio de Zaragoza no se parece en nada a la guerra que nosotros hemos hecho hasta ahora. Pues aquí se precisa una gran prudencia y un gran rigor. Ya que estamos obligados a tomar con minas o al asalto todas las casas. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento del que no se pueda dar idea. En fin, Sire, esta es una guerra que da horror”.

Pero esta defensa desesperada era el preludio de la rendición, pues el avance de los invasores era imparable. El día 6 de febrero ocuparon las ruinas del Hospital y dos días después el monasterio de Jesús en el Arrabal; el día 10 atacaron el convento de San Francisco y, tras dos días de durísimos combates similares a los de San Agustín, lo ocuparon. Mientras tanto, en el Coso Bajo se inició el ataque a la Universidad que sería reducida a escombros y ocupada el día 18, a la vez que el Arrabal, lo que permitirá a la artillería francesa bombardear desde la ribera del Ebro el resto de la ciudad que aún quedaba fuera de su alcance. Los impactos aún se ven en la fachada norte de El Pilar.

Finalmente, los acontecimientos se precipitarán, ya que el Capitán General tuvo que dejar el mando aquejado de fiebres, y la Junta presidida por Pedro Mª Ric, tras evaluar la situación, decidió el día 19 que no se podía resistir más, mandando izar bandera blanca en la Torre Nueva. La capitulación se firmó el día 20 y los pocos supervivientes que quedaban en condiciones de caminar salieron de la ciudad por la Puerta del Portillo el día 21 de febrero de 1809, sorprendiendo a los sitiadores que aquella masa de gente heterogénea y con tal mal aspecto hubiera sido capaz de detenerlos dos meses ante sus murallas a ellos, el mejor ejército del momento.

Imagen. *Defensa del púlpito de San Agustín*. Cuadro de Cesar Álvarez Dumont pintado en 1880. Museo de Zaragoza.

Barbastro, a 21 de febrero de 1808, día de la capitulación de la capital del reino

MOTIVOS QUE OBLIGARON A LA CIUDAD DE ZARAGOZA A CAPITULAR EN SU SEGUNDO SITIO ANTE EL EJÉRCITO IMPERIAL

En primer lugar habría que comentar que cualquier sitio o cerco es una mera cuestión de paciencia y de recursos tanto para los atacantes como para los sitiados. Si éstos últimos no reciben apoyo exterior en un tiempo razonable se verán obligados a capitular, pues agotarán las municiones, los alimentos o el agua, y además irán sumando bajas bien por los combates, inanición o por enfermedad, lo que hará imposible mantener la defensa. Por su parte, los sitiadores deberán tener los recursos logísticos y humanos necesarios para mantener el cerco y esperar a que los sitiados agoten los suyos y no puedan defenderse. Zaragoza no fue una excepción, pues una vez que el 3º y 5º Cuerpos de Ejército franceses completaron el cerco, era cuestión de tiempo que la ciudad capitulara, aunque para acelerar el proceso había que iniciar los bombardeos y ataques y, sobre todo, evitar que se repitieran los apoyos que la salvaron en agosto de 1808.

Como ya se ha explicado anteriormente, casi todos los historiadores coinciden en que concentrar en Zaragoza a todo el Ejército de Reserva fue un error estratégico, porque facilitó al enemigo coparlo en un punto y le quitó su movilidad. Por otra parte, la posibilidad de recibir ayuda era remota, pues ni los derrotados Ejércitos de la Izquierda y del Centro ni los catalanes estaban en condiciones de hacerlo, y como la organización de nuevos batallones con voluntarios aragoneses para socorrer a la capital se decidió un poco antes del segundo ataque, su efectividad fue casi nula, a pesar de lo cual la propaganda y los bandos de Palafox mantuvieron esa ficción hasta el final, para intentar conservar alta la moral de los sitiados que confiaban en aquel apoyo exterior.

El desenlace final del Segundo Sitio fue el lógico, y el día 21 de febrero de 1809 los escasos supervivientes de la guarnición salieron por la puerta de El Portillo cumpliendo la capitulación impuesta por el mariscal Lannes. Se calcula que pudieron rendirse entre 10 y 12.000 defensores, de los aproximadamente 45.000 que había al inicio del sitio, el resto habían muerto o estaban moribundos en los hospitales. Testigo de esta capitulación fue el oficial Von Brand, que en sus memorias refiere: “al cabo de una hora apareció la vanguardia de aquellos famosos defensores de Zaragoza; cierto número de jóvenes de 16 á 18 años, sin uniforme, con mantas pardas y escarapelas encarnadas, y fumando <nonchalement> (descuidadamente) sus cigarrillos, que formaron frente a nosotros... después llegó el resto de la tropa, una multitud extraña y abigarrada, de todas las edades, alguno con uniforme, la mayoría de paisano; aquellos hombres fumaban, hablaban y parecían completamente indiferentes a su próxima expatriación”. Aunque no todos se rindieron sin más, pues los soldados franceses tuvieron que sacar a algunos que trataron de esconderse.

¿Cual fue el verdadero motivo de la capitulación de los defensores de Zaragoza? Sin ninguna duda el ataque del Ejército Imperial francés, pero con el apoyo incuestionable de un enemigo sutil, pero tremendamente letal que se encontraba ya en la ciudad antes del comienzo del cerco; se trataba de la Rickettsia, germen productor del tifus exantemático, enfermedad infectocontagiosa que evoluciona de forma aguda y sin tratamiento posible a comienzos del siglo XIX, que surge principalmente en invierno y sobre todo cuando las condiciones higiénicas y alimenticias son deficientes, como, por ejemplo, en una guerra. En noviembre de 1808 los médicos del Hospital de la Misericordia informaron a la Junta de Sanidad de Guerra y al Colegio de Médicos de que había un número de enfermos de fiebres muy superior al habitual, comenzando a sospechar que entre la tropa había brotado una epidemia. Inicialmente sólo se hablaba de fiebres, pero a primeros de diciembre los médicos las catalogaron ya como fiebres pútridas, es decir el tifus de los ejércitos, tabardillo pintado o fiebres heroicas, aunque no había unanimidad de criterio, pues otros argumentaban que se trataba más de "un mal moral que enfermedad del cuerpo". Realmente, aunque las evidencias apuntaban al tifus, había un claro interés en suscitar la duda, pues una declaración de epidemia hubiera obligado al Ejército de Reserva a abandonar la ciudad, extremo que no entraba en los planes ni del Capitán General ni de la Junta de Defensa, que prefirieron hacer oídos sordos y defenderse de los franceses en Zaragoza, ya que como en campo abierto siempre habían sido derrotados, pretendían repetir la hazaña del Primer Sitio.

Las condiciones de hacinamiento general que padecía la ciudad, sumado a la escasez de alimentos que depauperó rápidamente a los sitiados, dio lugar a que en Zaragoza se desencadenara una epidemia explosiva e incontrolable. No hay que olvidar que tanto la tropa en sus cuarteles como los civiles refugiados en sótanos y caños para protegerse de los bombardeos facilitó la proliferación del piojo de los vestidos, vector fundamental en esta enfermedad, siendo las heces del piojo infectado el principal material contaminante al ser inhaladas pulverizadas con el polvo, o bien la sangre de los pacientes al comienzo de la enfermedad. Estas circunstancias diezmaron a los defensores, a los civiles no combatientes, incluso afectó a los atacantes hasta tal punto que hubo que habilitar un número muy elevado de hospitales de campaña, entre cincuenta y sesenta, prácticamente sin asistencia médica, pues los hospitales de la Misericordia, de Sangre de San Ildefonso y el de Convalecientes transformado en hospital civil, estaban saturados de pacientes mucho antes de iniciarse el segundo ataque francés en diciembre.

Las cifras de pacientes y fallecidos son incomparables. La fuerza en revista el 21 de diciembre de 1808 era de 32.000 soldados, más 12.000 voluntarios armados, mientras que diez días después el número de defensores útiles se había reducido a 19.912. Si a primeros de enero de 1809 la epidemia producía unos 50 fallecimientos diarios, a partir del 24 pasaban de 300, lo que redujo drásticamente la guarnición, de forma que la defensa sólo se pudo mantener gracias a muchos civiles que tomaron las armas, a un derroche de valor incuestionable y a una obstinación rayando el fanatismo. Cuando los franceses tomaron el convento de San Francisco, desde su torre pudieron ver el lado español de la ciudad, con las calles cortadas por parapetos y barricadas, las horcas cargadas de víctimas, "lo que no era indicativo de que los jefes y la población estuvieran animados de los sentimientos más pacíficos". Sin embargo: "el caminar lento y triste de los vecinos por calles y plazas sembradas de cadáveres hubiera hecho creer que la hora del desaliento había llegado, si durante la noche precedente no hubiesen combatido los sitiados con el furor de la desesperación".

En el Segundo Sitio de Zaragoza se calcula que murieron un total de 53.873 españoles, de los cuales 47.782 fallecieron a causa del tifus exantemático, mientras que en combate sólo se contabilizaron 6.055 bajas. Cuando entraron los franceses en la ciudad encontraron 6.000 cadáveres sin enterrar y a unos 13.000 enfermos ingresados en los hospitales, muchos de los cuales fallecerían posteriormente, por lo que las nuevas autoridades redactaron un informe de lo ocurrido para remitírselo al Emperador. La carta firmada por el Mayor General Berthier decía: "he hecho formar relación de las personas muertas después del 21 de diciembre, día de nuestra entrada en la plaza. Vuestra Alteza verá que han muerto 54.000 y tantas personas ¡Esto es inconcebible!" Los fallecidos eran de todas las edades y sexos, dos tercios de la tropa, la mitad de los habitantes y muchos refugiados, por lo que al abandonar la ciudad los defensores supervivientes se calcula que el número de vecinos quedó reducido a 10.000.

Y este fue el triste final de aquella defensa heroica en la que hubo más muertos que en ninguno de los combates campales ni otros sitios habidos en toda la guerra hasta 1814, por lo que Zaragoza pasó a la historia por aquella defensa a ultranza, por la propaganda negativa que supuso para el Ejército Imperial francés y su supuesta imbatibilidad y, lo más dramático, por el elevadísimo número de fallecidos habidos que, posiblemente, se podrían haber evitado si los intereses políticos y militares no se hubieran antepuesto al sentido común, como desgraciadamente viene siendo habitual en todas las guerras.

LOS DEFENSORES DE ZARAGOZA (1809), cuadro de Mauricio Orange (Salón de los Campos Elíseos, París, 1893)

Imagen. Mauricio Orange. Rendición de Zaragoza en 1809.

(En el caso de que algún lector esté interesado en conocer más datos sobre los Sitios de Zaragoza, puede entrar en estas dos páginas.)

http://www.asociacionlossitios.com/
http://www.fundacion2008.com/web/index.php

Barbastro, 22 de febrero de 1809